

Los movimientos sociales y los cambios socioeconómicos han transformado la configuración familiar. La inserción del sexo femenino en el mercado laboral, la cual ha ido en aumento desde la Segunda Guerra Mundial, permitió a la mujer ampliar su realización personal mediante la práctica de oficios remunerados y el desarrollo profesional. Así, se vio orillada a destinar parte de su tiempo a las jornadas de trabajo y, con ello, dejar de dedicarse al cien por ciento a la maternidad y a las tareas domésticas. Ahora, la crianza de los hijos y el cuidado del hogar, en el mejor de los casos, se dividen equitativamente entre la pareja.

Pero, en un mundo donde el poder adquisitivo de la población disminuye continuamente, que ambos padres trabajen ya no es una opción, sino una necesidad. A veces, aunque las tareas se dividan entre ambos, quedan huecos durante el día en los que no pueden hacerse cargo de sus hijos porque deben cumplir con un horario laboral. Peor si se trata de madres o padres solteros o viudos, que representan el 18 por ciento de las familias en México, según la Encuesta Nacional de los Hogares 2017 aplicada por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI). Es ahí donde entra en juego otra figura familiar: los abuelos.



Foto: Archivo Siglo Nuevo

## UNA SEGUNDA PATERNIDAD

Al trabajo de los padres hay que agregar la errónea idea de que las personas de la tercera edad “ya no tienen nada que hacer” para que el cuidado de los nietos se extienda incluso más allá del horario laboral de los hijos: cuando salen con los amigos, cuando van a un viaje de placer o cuando simplemente quieren un momento tranquilo sin tener que estar vigilando a un niño.

Poco a poco los abuelos se quedan a cargo de los nietos durante cada vez más horas a la semana, muchas veces sin que los papás de los infantes siquiera pregunten si desean o pueden hacerlo. Los más viejos de la familia no suelen poner reparo a esto, pues se sienten útiles al ser de ayuda a sus hijos y, además, una y otra vez se dicen: “¿qué clase de abuelo no sería feliz de compartir momentos con sus nietos?”.

Sin embargo, llega un momento en que comienzan a sentirse realmente extenuados y no les queda energía para otra cosa que no sea cuidar a los pequeños; empiezan a manifestar molestias físicas, sobre todo dolores de espalda, derivadas del trabajo físico que implica cuidar a un menor; las actividades que les interesaban dejan de parecerles emocionantes porque han perdido motivación; ya no hacen esfuerzo por mantener una vida social y, en general, dejan de tener tiempo para sí mismos.

Estos síntomas no deberían ser vistos como normales al ejercer este rol familiar. De hecho, forman parte de lo que se conoce como



Foto: Archivo Siglo Nuevo